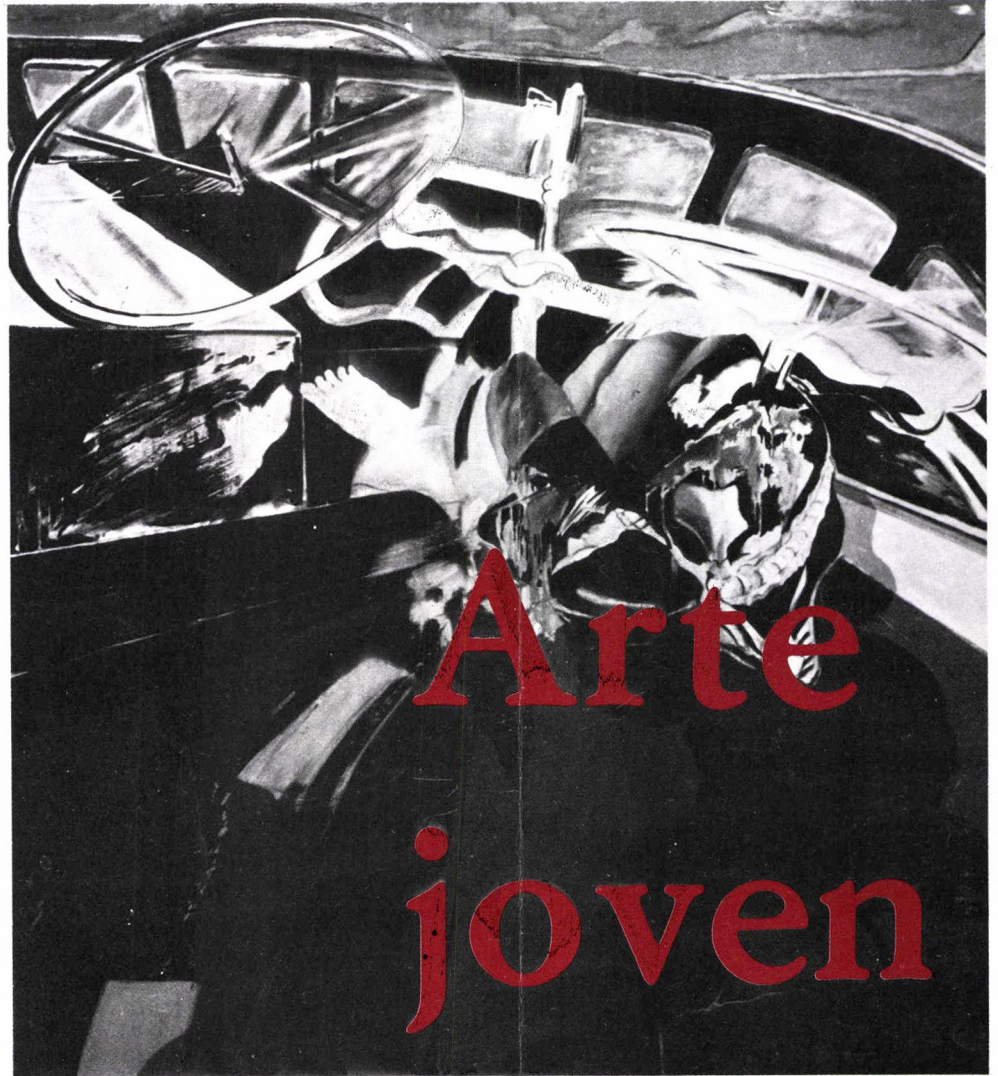


Plástica

Pintura de Gonzalo Díaz



en la plástica chilena

por ALBERTO WINTER

Durante los meses de octubre y noviembre las posibilidades para el público de aquilatar artes y artistas plásticos llegan, en Santiago, a su mayor frecuencia e intensidad. Últimamente las exhibiciones se han sucedido dentro de un nivel medio bastante positivo. También los certáme-

nes, nada de escasos, por cierto, ofrecen resultados interesantes. Pareciera que el ambiente de estabilidad nacional amparará de una manera más directa de lo que pudiera creerse el florecimiento de las bellas artes.

Cuatro muestras, sobre todo, fueron las

Allende en Chile, en 1973, y al de Isabel Perón en Argentina, 1976..."

La inflación no es un fenómeno capitalista ni comunista. En ambos campos hay países que la experimentan y otros que no. Es simplemente un fenómeno de "imprenta". Reconocido su carácter eminentemente monetario, se empieza a comprender su mecanismo. El remedio es obvio aunque difícil de aplicar: reducir la tasa de crecimiento monetario. El problema reside en tener la decisión política de adoptar la medida, que tiene como efectos laterales el alto desempleo y el retardo en el crecimiento.

La marea está cambiando

Mientras más restringida sean las funciones que se asignen al gobierno, menos probable resulta que sus acciones reflejen intereses particulares en vez del interés general. A medida que se expande el ámbito gubernamental, se debilita la conexión entre el pueblo gobernado y el que gobierna. Como conclusión final: "Nos hemos olvidado de la verdad fundamental de que la mayor amenaza a la libertad humana la constituye la concentración del poder, ya sea en manos del gobierno o de cualquier otra persona. Nos hemos persuadido a nosotros mismos de que resulta seguro entregar el poder, siempre que sea para buenos propósitos.

Afortunadamente, estamos despertando. Nuevamente estamos reconociendo los peligros de una sociedad sobre-gobernada, llegando a entender que los buenos objetivos pueden desvirtuarse por los malos medios, que la confianza en la libertad de la gente para controlar sus propias vidas de acuerdo con sus propios valores es el medio más seguro de lograr la plenitud de potencial de una gran sociedad.

Afortunadamente, también, todavía somos personas libres de elegir qué camino tomar, si continuar la vía que hemos estado siguiendo hacia un gobierno aún mayor, o detenerse y cambiar de dirección".

Un vistazo a través de algunas exposiciones y concursos de 1980.

oportunidades más favorables para apreciar el estado de nuestra producción estética actual: en el Museo Nacional de Bellas Artes, el Segundo Salón de Gráfica, organizado por la Universidad Católica, y el Concurso de la Colocadora Nacional de Valores; "Cinco grabadores chilenos", en la Sala BHC, y el Encuentro de Arte Joven, con el Instituto Cultural de Las Condes como escenario del evento.

Vanguardia gráfica y sus tendencias del momento

Dentro de los postulados artísticos de orientación más avanzada, Chile puede lucir no pocos nombres valederos, cuya actividad se relaciona, en especial, con las artes gráficas. Se incluyen en ellas desde formas de orígenes tan tradicionales como el dibujo y el grabado hasta realizaciones que incluyen materiales inhabituales que, a veces y como todo lo nuevo, provocan expectación.

Al respecto, recordemos los asombros y rechazos causados al público de comienzos de este siglo por las primeras exposiciones de *collages* o papeles pegados, los cuales añadían a la pintura y al dibujo, sobre la superficie del cuadro, pedazos de diario, géneros, etiquetas comerciales, maderas, arena, trozos de vidrio, etc. Hoy día, sin embargo, ya nadie duda que sean obras de arte estos productos de genios ahora indiscutibles, como: Picasso, Braque, Juan Gris, Duchamp, etc. Desde luego, a partir de aquellas creaciones quedó abierto el camino para que el *pop art* norteamericano de los años 60 continuara el desarrollo de elementos susceptibles de metamorfosearse, en manos de artistas auténticos, en piezas estéticas valederas.

De este modo, sólo a la desinformación del auditorio chileno —los artistas, por el contrario saben muy bien del acontecer exterior— puede achacarse el escándalo producido no hace mucho por la presencia de elementos orgánicos en determinadas obras expuestas. Entonces, las reacciones

de los observadores debieron más bien centrarse en si el agregado de semejantes ingredientes servía de enriquecimiento expresivo o correspondía nada más que a un intento superficial de llamar la atención. Por desgracia, los grandes culpables de esta situación de casi completa ignorancia frente a la evolución del arte contemporáneo son los medios de comunicación y la crítica. Esta última, un imperativo cultural descuidado en nuestro país, la cual hasta hace unos cuatro o cinco años, en general, aún se debatía —y varios de sus representantes todavía continúan en ello— entre dar sus preferencias a los movimientos postimpresionistas o a la abstracción. A tal falta de visión cabe sumar el distanciamiento natural en el artista que se siente postergado. Y el perdedor principal de esta actitud resulta ser únicamente el público.

Tradición de corto tiempo

Pero volvamos a la disciplina gráfica: respecto a ella, cuenta el país con una tradición, aunque de corto tiempo —a partir de la segunda mitad del presente siglo, en un sentido moderno—, de base muy sólida y de desenvolvimiento consecuente. El punto clave de esa época inicial lo hallamos en el Taller 99, verdadero progenitor del grabado chileno de nuestros días.

Cuatro muestras importantes se mencionaron al comienzo de este comentario. Si la exhibición del BHC proporciona un grupo de autores ya maduros, las tres reuniones plásticas restantes albergan, de preferencia, gente joven; vale la pena examinarlas.

Predominan allí, ampliamente, las tendencias figurativas. Tenemos así una grabadora de formas conservadoras, pero cáustica y lozana de espíritu, Patricia Israel. Dibujantes, ante todo, encontramos en Francisco de la Puente, Jaime León y Eva Lefever, expositora de un porvenir grande y responsable de láminas donde la precisión de la línea se suaviza a través de

esfumaturas. Compleja aparece la técnica de Patricia Figueroa, la cual completa con los anteriores nombres distintas vertientes de la Nueva Figuración. Rumbo a visiones menos unidas a la realidad, Gilda Hernández maneja bien el color en hojas de un intimismo casi irracional.

De plano adhieren al *minimal art* —formas de una simplicidad máxima— las grandes y desnudas composiciones de Virginia Errázuriz, en las que trazos escasos y abstractos son suficientes. Ernesto Muñoz, entre tanto, conserva latente bajo sus cueros una dosis de arte conceptual mayor de lo que aparenta, lenguaje ese muy diluido, a la inversa, en las series de Carolina Edwards.

En una línea de carácter ecológico se ubica Patricia Saavedra. Emplea materia prima de Isla de Pascua o con audaces proposiciones fotográficas trueca el piso del *hall* central del museo de Bellas Artes en un campo arado y listo para la siembra. Pero el más atrevido en cuanto a sustancias usadas es Humberto Nilo, el cual insiste con sus restos de material vivo, aunque este 1980 acierta brillantemente.

Fundamental importancia alcanza la fotografía en muchos productos valiosos de la gráfica nuestra. Se recurre a ella tanto como vehículo expresivo exclusivo o como un componente más de la obra. Pareciera, además, que su utilización posee un porvenir amplio, todavía por explorsarse. A este sistema se deben las vistas románticas de un paisaje, sólo intervenido mediante la luz, de José Basso; las tauromaquias de Francisco Javier Court; las escenas neofigurativas de Leonora Vicuña.

Artistas oficiales

Con unos pocos artistas de vanguardia, que conviene ahora citar, ocurre un hecho particular. El año pasado, una revista de muy breve existencia calificó de oficial a la crítica de cierto diario de gran influencia. Al revisar los juicios estéticos de ese periódico uno se encuentra con que son, pre-

¿Puede confrontarse la labor del artista nuestro con los valores de la plástica internacional?

cisamente, algunos autores gráficos a quienes más destacan dichas opiniones; por eso, resulta justo caraturarlos de artistas oficiales.

En primer lugar, Carlos Altamirano que obtuvo el primer premio en el salón de la Universidad Católica. Su contribución ahí consistió en ocho fotos, vigorosas y próximas a un conceptualismo lírico.

También Eugenio Dittborn participó en la misma oportunidad. Se le notaron resultados desiguales a través de sus imágenes insertas en la Nueva Figuración: junto con repetir, sin enriquecerlas, soluciones suyas anteriores, ofreció trabajos de la más alta calidad salida de sus manos. A Carlos Leppe hay que considerarlo, por cierto, dentro de la nómina de artistas oficiales, a pesar de que prefirió automarginarse de los eventos que tratamos.

Un rasgo común caracterizó, sí, a los vanguardistas de la gráfica durante 1980: hubo un punto final —o, por lo menos, momentáneo— para las experimentaciones osadas.

Los grabadores más conocidos

Los cinco nombres que exponen en la Sala BHC han llegado siquiera de oídas a conocimiento del público. Sin embargo, esta vez María Mohor, Pedro Millar, Eduardo Garreaud, Roser Bru y Luis Mandiola permiten establecer un adecuado contrapunto entre el arte llegado a su madurez y la labor estética juvenil. Lejos, empero, se hallan todos de adoptar una actitud estática ante la creación artística. Así, en María Mohor siempre se descubren reservas inesperadas de poesía instintiva que derrama sobre sus incisiones encantadoras. Tampoco se rezaga el ánimo, en renovación constante, de Roser Bru. Acentos trágicos surcan sus comentarios plásticos respecto a los destinos de una princesita española, al recobro de los tiempos idos, a la materialización física de la muerte.

Pedro Millar y Eduardo Garreaud, el

más joven de este grupo circunstancial, acreditan un proceso actual de reforma en su lenguaje creativo. Pese a que dentro de ese período de transición el segundo conserva mejor las herramientas del oficio y el rumbo en su camino, no puede negarse el refinamiento con que se desempeña Millar. Los grabados de Luis Mandiola parecen más dispares: escenas decorativistas, con pájaros y follajes, se suman a otras de un significado más rico. En lo que se refiere al figurativismo del conjunto, Garreaud, el único de los cinco más propenso a abstracciones, retorna a las visiones que se reconocen fácilmente. Para quien se interese por adquirir grabados, cabe informar que su precio fluctúa entre los \$ 3.500 y los \$ 8.000.

Atrevimientos en la escultura

Cuando echamos un vistazo a publicaciones especializadas de Norteamérica y Europa se concluye que la escultura ha ampliado su repertorio, formal y de materias, de un modo profundo. Hoy se observa mucho más que bloques de piedra, metal o madera, puesto que sirven a sus fines desde plásticos hasta objetos de desecho y elementos naturales (tierra, vegetales, vísceras, etc.). El que se labore con utensilios nuevos o en desuso nada tiene, por demás, de novedoso: el *ready made* circuló ampliamente más de 50 años atrás, con Marcel Duchamp en el punto de partida. Claro que si uno enfrenta en la actualidad, sin mayores antecedentes y de sopetón, un trío de cunas de hospital, rojas, destartalladas, con una aureola de destrucción encima de sus cabeceras, provistas de balones de oxígeno vacíos y puestas sobre una capa de carbones, hay razones para espantarse. No obstante, cuando el espectador supera ese primer efecto, se detiene y mira, sin formularse juicios a priori, comprenderá que Hernán Puelma, su autor, tiene algo que decir.

De una manera idéntica, aunque de estilo y sentido diferentes, opera un grupo

escultórico de Mario Irrarázaval: balcones de caballito, blancos, flamantes, y sillas infantiles, cuyos colores configuran la bandera nacional, invaden el espacio alrededor suyo y logran, como Puelma, una atmósfera muy especial. Si bien participa de los atributos externos de ambos, a Mónica Hantke se le advierte cercana al arte idea y más cerebral que los recién mencionados.

Distinta es, en cambio, la propuesta de Elizabeth Nagel: su verba denótase más tradicional y pictórica, a la vez que obtiene una obra efectiva. Deslumbra en ella el uso armonioso de sus constituyentes (cordel, cojín de terciopelo, cristales con huellas de manos), ingredientes todos que concretan una escena horripilante y veraz. Eduardo Echeverría, un artista joven del que, en 1979, se habló mucho a propósito de unas medias rellenas, en la actualidad se demuestra hartamente agresivo.

No se excluye el video dentro de las actividades que sintetizamos acá. Gonzalo Mezza surge como su promotor más considerable; lindas son, sin duda, sus fotografías con el hombre de la Cruz del Sur.

¿Y qué sucede con la pintura? La respuesta surge simple. Entre los pintores menores de 40 años, se dio a conocer este año un grupo de autores muy promisorio y en plena formación; lo encabezan Ismael Frigerio, Pinto d'Aguiar, O. Gatica, J. Tacla y S. Benmayor. Ello ha significado un verdadero refuerzo para el importante medio pictórico juvenil, donde el sector valioso se encuentra a través de los nombres de José Ignacio León, Gonzalo Díaz, Bororo, Benito Rojo, Gonzalo Cienfuegos, Ruperto Cádiz y pocos ejecutores más. Además, el discurrir de la pintura surca cauces más quietos que sus hermanas en las artes plásticas. Respecto al valor comercial de un cuadro de estos artistas, resulta éste muy diverso. Según la fama del ejecutor, las cantidades oscilan desde los \$ 10.000 a los \$ 80.000. Y vale la pena arriesgarse con ellos.